

antología

PARA UNAS SEÑAS DE IDENTIDAD

Hemos pensado que una antología de textos de autores, contradictoria y dispar, podría ilustrar bien los análisis de los ensayos que la preceden. La preocupación del español por sí mismo no se inicia hasta que empieza la decadencia, y llega a ser obsesiva, casi morbosa, en la segunda mitad del XVII. De entonces a la discusión sobre los «caracteres nacionales» de nuestros días, he aquí una serie de textos suficientemente representativos, la mayor parte de los cuales nos han sido aportados por nuestro colaborador, el profesor José Luis Abellán.

FRANCISCO DE QUEVEDO

«POESIAS», 1648.

«Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmorona-
dos,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo, vi que el Sol bebía
los arroyos del yelo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte».

SAAVEDRA FAJARDO

«IDEA DE UN PRINCIPE POLITICO-CRISTIANO, REPRESENTADA EN CIEN EMPRESAS», EMPRESA LXXXI Y 1640.

«Los españoles aman la religión y la justicia, son constantes en los trabajos, profundos en los consejos y, así, tardos en la ejecución. Tan altivos, que ni los desvanece la fortuna próspera ni los humilla la adversa. Esto, que en ellos es nativa gloria y elevación de ánimo, se atribuye a soberbia y desprecio de las demás naciones, siendo la que más bien se halla con todas y más las estima, y la que más obedece a la razón y depone con ella más fácilmente sus afectos o pasiones».

BALTASAR GRACIAN

«EL CRITICON», PRIMERA PARTE. 1651-57.

«La soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera. Topó con

España, primera provincia de Europa. Parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella. Allí vive y allí reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción, y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo».

FEIJÓO

«THEATRO CRITICO UNIVERSAL», 1726-39.

«Cuando digo que por la experiencia apenas podemos notar desigualdad de ingenio en las naciones, debe entenderse en cuanto a las cualidades esenciales de penetración, solidez y claridad; no en cuanto a los accidentes de más veloz o más tardo, más suelto o más detenido; porque en cuanto a esto, es visible que unas naciones exceden a otras. Así, es claro que los Italianos y los franceses son más ágiles que los españoles. Y dentro de España, hay bastante diferencia de unas a otras provincias. En esta de Asturias se notan por lo común genios más despejados, por lo menos para la explicación, que en otros países cuya experiencia basta para disuadir aquella general aprensión de que los países muy lluviosos producen almas torpes...» (tomo VIII).

«... Aquel ejemplo me he propuesto seguir en este discurso, cuyo asunto es mostrar a la España moderna, la España antigua; a los españoles que viven hoy las glorias de sus progenitores; a los hijos, el mérito de los padres, porque estimulados a la imitación, no desdigan las ramas del tron-

co y la raíz. Dé lección un siglo a otro siglo. En el mismo clima vivimos, de las mismas influencias gozamos que nuestros antepasados. Luego cuanto es de parte de la naturaleza la misma índole, igual habilidad, iguales fuerzas hay en nosotros que en ellos, y acaso superiores a las de otras naciones. Lástima será que cedamos a éstas en el uso, haciendo excesos en la facultad.

El caso es que el vulgo de los extranjeros atribuye en nosotros a defecto de habilidad lo que sólo es falta de aplicación. Regulan a España por la vecindad de la Africa. Apenas nos distinguen de aquellos bárbaros, sino en idioma y religión. Nuestra pereza o nuestra desgracia, de un siglo a esta parte, ha producido este injurioso concepto de la nación española: error que el debido afecto a la Patria me mueve a impugnar, y es justo salga a este Teatro por tan común.

Probarán la justicia de nuestra causa los hechos de los españoles y los dichos de los extranjeros: digo de aquel los extranjeros que por haber existido antes que entre nuestra nación y las suyas naciese la emulación, carecieron del mayor estorbo que tiene contra sí la verdad. En cuanto a los hechos de los españoles, será preciso proponer sólo, como en bosquejo, los más insignes, pues no hay campo para mostrar, ni aun reducidas al más compendioso epítome, tantas historias» (tomo IV).

ABATE GANDARA

«APUNTES PARA EL BIEN Y EL MAL DE ESPAÑA, ESCRITOS DE ORDEN DEL REY», 1759.

«El tiempo de las decadencias y descensos no es para hacer sublimes

progresos. Este es aquel en que actualmente vivimos. Pero cuándo volverá el mundo la cara y sabremos nosotros escribir y usar de nuestro idioma con toda aquella propiedad, naturalidad, exactitud, sencillez, claridad, limpieza, orden, fluidez y precisión con que saben usar y escribir hoy los franceses ilustres, yo aseguro que tendrán envidia al castellano hasta las divinas plumas de los Fenelones, Racines, Fontaynelles, Maysillones, Montesquieus, Wolterés y Rosseaus, etcétera, que a la verdad han escrito en su idioma poco o nada menos que los Homeros, Demóstenes y Cicerones en los suyos.

La corrupción de los tiempos no es culpa de los idiomas. Sin libertad no hay elocuencia. Los entendimientos abatidos y puestos en servidumbre no aciertan a pensar en lo grande, maravilloso y sublime. Este es nuestro mal envejecido.

Necesitamos confesar de buena fe que hay entre nosotros, o demasiada facilidad o algo de abuso en prohibir cualquier discurso que no ligue con nuestras ideas y esto pide providencia superior. El discurrir es país libre. *Lex Christi est lex libertatis*, y el impedir con exceso esta libertad natural es causa de grandes atrasos literarios. Los hombres grandes que podrían ilustrarnos, como en las demás naciones, todos se abstienen en escribir temerosos de la facilidad de las prohibiciones, y este un medio de tener la nación a oscuras, proteger la ignorancia, fundar el idiotismo y hacer que los hombres no se iluminen más un día que otro».

J. P. FORNER

«ORACION APOLOGETICA POR LA ESPAÑA Y SU MERITO LITERARIO», 1786.

«España ha sido docta en todas las edades. ¿Y qué, habrá dejado de serlo en alguna porque con los nombres de sus naturales no puede aumentarse el catálogo de los célebres soñadores? No hemos tenido en los efectos un Cartesio, ni un Newton, démoslo de barato, pero hemos tenido justísimos legisladores y excelentes filósofos prácticos, que han preferido el inefable gusto de trabajar en beneficio de la humanidad a la ociosa ocupación de edificar mundos imaginarios en la soledad y silencio de un gabinete. No ha salido de nuestra península el optimismo, no la armonía preestablecida, no la ciega e invencible fatalidad, no ninguno de aquellos ruidosos sistemas ya morales, ya metafísicos, con que ingenios más audaces que sólidos han querido convertir en sofistas, porque ellos lo son, a todos los hombres y trocar en otro el semblante del universo, pero han salido varones de un

juicio suficiente para conocer y destruir la vanidad de las opiniones arbitrarias, suministrando las sendas rectas del saber según las necesidades de la flaca y débil mortalidad».

«Y he aquí uno de los principales fundamentos en que se apoyan sus acusaciones las que después del extravagante Voltaire no saben pensar sino lo que él escribió. En España no se piensa, la libertad de pensar es desconocida en aquella península, el español para leer y pensar necesita la licencia de un fraile... Pero, ¿qué es lo que no se piensa en España, sofistas malignos, ignorantes de los mismos principios de la filosofía que tanto os jactáis profesar? Es verdad, los españoles no pensamos en muchas cosas, pero señaladlas, nombradlas específicamente, y daréis con ellas un ejemplo de nuestra solidez y vuestra ligereza. No se piensa en España, así es; no se piensa en derribar las aras que la humana necesidad, guiada por una infalible revelación, ha levantado al Arbitro del universo; no se piensa en conturbar el sosiego de la paz pública, combatiendo con sofismas indecorosos las creencias en cuya esperanza y verdad sobrellevan los hombres las miserias de esta calamitosa vida; no se piensa en arrancar del corazón humano los naturales sentimientos de la virtud, ni en apagar las secretas acusaciones que despedazan el interior de los delincuentes; no se piensa en elogiar las culpables inclinaciones de que ya por sí se deja llevar voluntariamente la fragilidad de nuestra naturaleza; ni los que la habitan tienen por ocupación digna de sus reflexiones investigar defensivos al vicio, a la impiedad y a la sedición. ¿Y querrán decir todavía nuestros acusadores que es bárbara la constitución de nuestro gobierno porque nos asegura de los tropiezos que trae consigo la licenciosa y desenfrenada libertad de pervertir los establecimientos más autorizados y las ideas que ha aprobado por verdaderas el general consentimiento de todas las gentes?».

JOSE CADALSO

«CARTAS MARRUECAS: XXXVIII», 1793.

«Uno de los defectos de la nación española, según el sentir de las demás europeas, es el orgullo. Si esto es así, es muy extraño la proporción en que este vicio se nota entre los españoles, pues crece según disminuye el carácter del sujeto, parecido en algo a lo que los físicos dicen haber hallado en el descenso de los graves hacia el centro; tendencia que crece mientras más baja el cuerpo que la contiene. El Rey

lava los pies a doce pobres en ciertos días del año, acompañado de sus hijos, con tanta humildad, que yo, sin entender el sentido religioso de esta ceremonia, cuando asistí a ella me llené de ternura y prorrumpí en lágrimas. Los magnates o nobles de primera jerarquía, aunque de cuando en cuando hablan de sus abuelos, se familiarizan hasta con sus infimos criados. Los nobles menos elevados hablan con más frecuencia de sus conexiones, entronques y enlaces. Los caballeros de las ciudades ya son algo pesados en punto de nobleza. Antes de visitar a un forastero o admitirle en sus casas, indagan quién fue su quinto abuelo, teniendo buen cuidado de no bajar un punto de esta etiqueta, aunque sea en favor de un magistrado del más alto mérito y ciencia, y de un militar lleno de heridas y servicios. Lo más es que aunque uno y otro forastero tengan un origen de los más ilustres, siempre se mira como tacha inexcusable el no haber nacido en la ciudad donde se halla de paso; pues se da por regla general que nobleza como ella no la hay en todo el reino.

Todo lo dicho es poco en comparación de la vanidad de un hidalgo de aldea. Este se pasea majestuosamente en la triste plaza de su pobre lugar, embozado en su mala capa, contemplando el escudo de armas que cubre la puerta de su casa medio caída, y dando gracias a la providencia divina de haberle hecho don Fulano de Tal. No se quitará el sombrero (aunque lo pudiera hacer sin desembozarse); no saludará al forastero que llega al mesón, aunque sea el general de la provincia o el presidente del primer tribunal de ella. Lo más que se digna hacer es preguntar si el forastero es de casa solar conocida al fuero de Castilla, qué escudo es el de sus armas y si tiene parientes conocidos en aquellas cercanías.

Pero lo que te ha de pasmar es el grado en que se halla este vicio en los pobres mendigos. Piden limosna; si se les niega con alguna aspereza, insultan al mismo a quien poco ha suplicaban. Hay un proverbio por acá que dice: "El alemán pide limosna cantando; el francés, llorando, y el español, regañando"».

LEON DEL ARROYAL

«PAN Y TOROS», HACIA 1791.

«Los tétricos ingleses, los franceses voltarios, pasan los días y las noches entre el estudio ímprobo y las peligrosas disputas de la política, y apenas después de muchos meses de contrariedades acuerdan una ley; los festivos españoles las pasan entre el agradable ocio y las deliciosas funciones, y en un instante se hallan con

mil leyes acordadas sin contrariedad de ninguno; aquéllos han llegado a contraer un paladar tan melindroso que se les hacen duras las natillas; éstos se han acostumbrado a tragar sin sentir los abrojos; aquéllos son como las abejas, que se alborotan y pican cuando les quieren quitar la miel; éstos, como las ovejas, que sufridas aguantan que las trasquilen y maten; aquéllos, insaciables de riquezas y de prosperidad, viven esclavos del comercio y de las artes; éstos, satisfechos con su pobreza y escasez, se entregan libremente a la holganza y a la inacción; aquéllos, idólatras de su libertad, tienen por pesado un solo eslabón de la servidumbre; éstos, arrastrando las cadenas de la esclavitud, no conocen siquiera el ídolo de la libertad; aquéllos escasen los premios hasta a la virtud; éstos prodigan la recompensa hasta al vicio. Entre aquéllos, un noble, un héroe, es rara producción de la Naturaleza; entre nosotros se crían como las cebollas y los puerros, la nobleza y la heroicidad. ¡Feliz España! ¡Feliz patria mía, que así consigues distinguirte de todas las naciones del mundo! ¡Feliz tú, que cerrando las orejas a las cavilaciones de los filósofos sólo las abres a los sabios sofismas de tus doctrinas! ¡Feliz tú, que contenta con tu estado no envidias al ajeno y, acostumbrada a no gobernar a nadie, obedeces a todos! ¡Feliz tú, que saber conocer la preciosidad de una corroída ejecutoria, prefiriéndola al mérito y a la virtud! ¡Feliz tú, que has sabido descubrir que la virtud y el mérito estaba encolado a los hidalgos y que es imposible de encontrar en quien no haya tenido una abuela con don! Sigue, sigue, esta ilustración y prosperidad, para ser como eres, el non plus ultra del fanatismo de los siglos. Desprecia como hasta aquí las habillitas de los extranjeros envidiosos, abomina sus máximas turbulentas, condena sus opiniones libres, prohíbe sus libros que no han pasado por la tabla santa y duerme descansada al agradable arrullo de los silbidos con que se mofan de ti. Haya pan y haya toros, y más que no haya otra cosa. Gobierno ilustrado, pan y toros pide el pueblo. Pan y toros es la comidilla de España. Pan y toros debes proporcionarla para hacer en lo demás cuanto se te antoje *in secula seculorum*. Amen.

JOSE CANGA ARGÜELLES

«OBSERVACIONES SOBRE LAS CORTES DE ESPAÑA Y SU ORGANIZACION», VALENCIA, OCTUBRE, 1809.

«La deferencia servil y el envilecimiento sucedieron a la bizarra fiereza con que en otros siglos el castellano mantuvo sus derechos, el aragonés puso coto a las pretensiones excesivas de sus monarcas, y el vizcayno y el navarro mantuvieron su libertad. Leamos con atención y respeto los códigos antiguos de España, salgan del polvo del olvido los fueros memorables de Aragón y de Valencia, las costumbres laudables de Cataluña y las leyes de la fiera Cantabria; consúltese nuestra historia, escuchemos la voz hermosa de la patria, y llenos del entusiasmo que las almas justas experimentan a vista de las lecciones de la política española, sigamos el camino que ellas nos trazan».

FR. FRANCISCO ALVARADO

«**CARTAS CRITICAS DEL FILOSOFO RANCIO**», OBRA UTILISIMA PARA DESENGAÑAR A LOS INJUSTAMENTE SEDUCIDOS, PROPORCIONAR INSTRUCCIONES A LOS AMANTES DEL ORDEN Y DESVANECER TODOS LOS SOFISMAS DE LOS PRETENDIDOS SABIOS. 1812.

«Ultimamente, el pueblo católico esparcido por todo el mundo tiene fijos sus ojos en la España, que en el día es el único atrincheramiento, para explicarme así, que ha quedado al catolicismo. Vea, pues, el pueblo católico que no se ha engañado en pensar así, cómo no se engaña cuando nos tiene por los defensores de la libertad de la Europa. No vean los afligidos que gimen bajo el yugo del ateo que entre nosotros se adoptan los mismos sentimientos que en sus países abrieron la puerta al ateísmo (...).

¿Por qué, pues, quieren hacer ellos un nuevo mundo y gozar de un privilegio que ninguno o muy raro ha podido gozar? Prediquen, pues, si así les parece, su doctrina; pero no extrañen que para esta clase de apóstoles tengamos los católicos un quemadero: y si no se hallan con fuerzas para callar ni para arder, todavía tienen otro remedio. Ahí está la Francia, que los recibirá con los brazos abiertos y donde a pocas levadas podrán ser mariscales o miembros del Senado Conservador. Ahí está la Polonia con sus hermanos evangélicos, fundados por el común patriarca Socino. Ahí está la Inglaterra y la América septentrional: vayan allá en busca de hombres libres, pues que, según sus mercedes mismos nos han dicho, allá es donde solamente los hay. Pero, ¿en la España?, ¿y con nosotros?, ¿los hombres más preocupados y bárbaros

del mundo, los más supersticiosos, etcétera, etcétera? ¿Qué partido deben esperar? Ya lo tengo dicho. El quemadero».

ESPRONCEDA

«**SONETO A LA MUERTE DE TORRIJOS**». CIT. POR V. LLORENS EN «LIBERALES Y ROMANTIZOS», PAGINAS 141-142.

«Helos allí: junto a la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte die-
[ron
Almas al cielo, a España nombrada.

Ansia de patria y libertad henchía
Sus nobles pechos que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles, llorad; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue a siervos y opre-
[sores.

Y los viles tiranos, con espanto,
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores».

LARRA

«**DIA DE DIFUNTOS DE 1836**», 1836.

«En esta duda estaba deliciosamente entretenido el día de los Santos, y fundado en el antiguo refrán que dice: **Fíate en la Virgen y no corras** (refrán cuyo origen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame a todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía: un hombre que cree en la amistad y llega a verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado a una mujer, un heredero cuyo tío indiano muere de repente sin testar..., una viuda que tiene asignada pensión sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones..., un grande que fue liberal por ser prócer y que se ha quedado sólo liberal, un general constitucional que persigue a Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del **Mundo** en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un Rey, en fin, constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que a mí me acosaba, me opri-

antología

mía y me abrumaba en el momento de que voy hablando».

«—¡Día de Difuntos! —exclamé.

Y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiasse su propia muerte. Ellas también, las campanas, han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo; ellas también van a morir a manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España, ¡santo Dios!, que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces a su término. Por una reacción natural cuando se ha agotado una situación, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión...

—¡Fuera! —exclamé—, ¡fuera! —como si estuviera viendo representar a un actor español—. ¡Fuera! —como si oyese hablar a un orador en las Cortes. Y arrojéme a la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada a Gómez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesión, sepenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores.

—¡Al cementerio, al cementerio! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid!

—Vamos claros —dije yo para mí—. ¿Dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro?

Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé a ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia; cada calle, el sepulcro de un acontecimiento; cada corazón, la urna cineraria de una esperanza o de un deseo».

«—¿Qué monumento es éste? —exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es él mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados, o la tumba de otros esqueletos? ¡Palacio!...

En el frontispicio decía: "Aquí yace el trono..."

—¿Y este mausoleo a la izquierda? La armería. Leamos:

"Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos. R. I. P."

Los ministerios. "Aquí yace media España: murió de la otra media"...

¿Qué es esto? ¡La cárcel! "Aquí reposa la libertad del pensamiento". ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epítafio y añadí, involuntariamente:

Aquí el pensamiento reposa en su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores o la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser».

JUAN VALERA

«SOBRE EL CONCEPTO QUE HOY SE FORMA DE ESPAÑA», MADRID, 1868.

«En el concepto que los españoles formamos hoy de nosotros mismos influye el concepto en que los extranjeros nos tienen, a veces porque nos abate y nos inclina a creer en nuestra enorme inferioridad; a veces porque nos rebela contra tan duro fallo, mas no siempre, a mi ver, atinadamente.

En ocasiones no negamos el defecto que nos imputa, sino que no le reconocemos por tal. Decimos como dicen algunos niños enojados: "¡Ea!, pues mejor", y nos ponemos a ensalzar el defecto como una virtud, después de haberle aceptado. La Inquisición, la Intolerancia religiosa, los enormes errores y no pocos crímenes de los Reyes de la Casa de Austria, de Felipe II sobre todo, alcanzan, en parte, por este espíritu de contradicción, las más ardientes apologías no menos paradójales que la que hizo Quevedo de Nerón y del Rey don Pedro, o los que haría un francés de las *noyades* de Nantes, de la noche de San Bartolomé y de las matanzas de septiembre.

Las burlas sobre nuestro atraso e ignorancia, la irritante compasión que muestran los extranjeros porque no hay en España tanta prosperidad, bienestar material y confort como en otros países, mueven a algunos españoles a celebrar este atraso, esta pobreza y esta ignorancia, como prenda y garantía de mayor religiosidad y de mayores virtudes. Así, nos excitan a seguir siendo ignorantes, atrasados y pobres, para seguir siendo santos y buenos. Esto llega hasta el punto de que recientemente se preconice en una comedia la propiedad santificante y hasta *castificante* del garbanzo. Un hombre de mucho mérito ha declarado, en presencia de una docta Academia, la radical ineptitud de los españoles para todas las artes del deleite, sosteniendo que esta supuesta grosería y rudeza es un bien, es condición esencial de nuestro gran ser y valer moral y político. En no pocas comedias y novelas del día se nota un odio grande a la civilización moderna, firme empeño en apartarnos de la corriente de las ideas del siglo y un es-

píritu de socialismo democrático frailuno que pone grima».

«Nos tachan los extranjeros de ignorantes, y muchos españoles, en vez de probar que no lo son, hacen gala de serlo, se burlan del saber o lo rechazan como ponzoña. Por él se pierde la originalidad; así lo ha sostenido toda una escuela de poetas y de otros autores.

¡Yo, con erudición, cuánto sabría!

ha dicho en son de burla uno que si, en efecto, hubiese sabido, valdría más que Byron y más que Goethe, a quienes, por culpa de su ignorancia, no alcanza ni con mucho.

Pero lo más singular y lamentable es que no pocos españoles, principalmente los que viajan y leen, han acabado por formar sobre su patria un concepto tan malo como los mismos extranjeros. No sólo conocen los defectos todos de España, sino que los exageran y los multiplican, y los elevan a tanta magnitud que no puede ser más. De lo bueno de nuestro país, todo lo ignoran sustancialmente. Empezan por hablar mal de su lengua nativa o por hablarla empedrándola de galicismos y faltas de gramática. Sujeto elegante conozco que dice *haiga* e *indiferencia*, pero que censura la más ligera falta de francés; que se encanta con los *marivaudages* de Feuillet y no entiende o halla sandios los discreteos de Lope, y que condena por de mal tono y *cursi* los chistes de Bretón y se extasia y califica de elegantísimos los más sucios equívocos del Palais Royal o del más necio y obsceno *vaudeville*. Otras personas más serias, y que no llegan a la ridiculez en esta manía, están asimismo muy descontentas y desengañadas de España, su patria; pero nadie se atreve en público a señalar los defectos que nota. En público se diría que anhelamos engañarnos, embromarnos y aturdirnos. Todo se nos vuelve hablar de Lepanto, Pavía, Otumba, San Quintín, el Cid, Pelayo, Cortés, Pizarro, Numancia y otras mil y mil glorias, victorias y trofeos. En público no hay nada mejor que España. En particular, en secreto, al oído, nos decimos los mayores improperios. Esta hipocresía, esta doblez, es repugnante; más valiera no adular tanto al vulgo, no lisonjear con palabras huecas e hiperbólicas la vanidad patriótica de los ignorantes; señalar y decir con franqueza nuestras faltas, y no creer al mismo tiempo que sean tan graves, tan inveteradas y tan sin remedio. Pero la censura sobre cualquier cosa de España, nacida del patriotismo más acendrado, si la hace en público un español, le expone a perder su buen nombre. En cambio, en los cafés, casinos y tertulias puede a salvo renegar de su país. En público estamos ya hartos de oír

decir, sobre todo a los absolutistas, que ésta es la nación más hidalga, más católica y más engendradora de héroes y de santos, y más inocentes y gobernable que imaginarse puede; pero, confidencialmente, dicen esos mismos señores y otros muchos que **esta nación no se gobierna sino a palos**, haciéndonos creer que ellos son quienes los merecen.

En resolución: yo entiendo que todos los españoles, hasta los que hallan peor y más pérdida a España, tienen conciencia del gran ser de esta nación y de sus altos destinos, y que la contraposición entre esta conciencia y la realidad presente es quien tanto los lleva a maldecir de la patria. Mas no por eso debe desesperar ni prever la muerte. Antes, el exceso mismo de nuestro mal, y todo cuanto lo lamentamos, y lo mal sufridos que somos, y el prurito con que los extranjeros nos censuran, son indicios de que no hemos caído para siempre, son casi un buen agüero.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

«LA JUVENTUD Y EL MOVIMIENTO SOCIAL», 1870, EN ENSAYOS, EDICION DE 1960, PAGS. 210-211.

«... Pero se consumó la Revolución de septiembre. Cayó el antiguo régimen; desaparecieron con él casi todos los hombres que, con lealtad algunos, con infidelidad otros, con ceguera los más, todos con el egoísmo de su partido o su persona, no habían servido sino para prolongar su miserable agonía; proclamáronse sobre aquellas ruinas aparentes los principios que —con razón o sin ella— constituyen el derecho contemporáneo: la libertad religiosa, de enseñanza, de imprenta; la inviolabilidad del domicilio, la seguridad personal, la abolición de la pena de muerte, de la esclavitud, de las quintas, de los monopolios oficiales; el sufragio universal, el Jurado, la inamovilidad judicial, la elección popular para ambas Cámaras... Proyectáronse las bases de una renovación total; en fin, comenzó a latir la vida en las secas venas de este atormentado cuerpo; abriéronse todos los espíritus, sin distinción de ideas, a la risueña esperanza de sucesos mejores, y los **hombres nuevos**, surgiendo al cabo de la honrada penumbra de su ostracismo y viniendo a la clara luz del día en medio de este radiante cortejo, borrarón por el pronto hasta la dolorosa memoria de los que parecían haberse llevado consigo y para siempre el germen de todas las corrupciones que antes envenenaban la sociedad y el Estado.

Pasó el primer momento del noble y puro entusiasmo y llegó la hora de condensar reflexivamente el clamor unánime de la nación. ¿Qué hicieron

esos hombres nuevos? ¿Qué ha hecho esa juventud? ¿Qué ha hecho! Respondan por nosotros el desencanto del espíritu público, el indiferente apartamiento de todas las clases, la sorda desesperación de todos los oprimidos, la hostilidad creciente de todos los instintos generosos. Ha afirmado principios en la legislación y violado esos principios en la práctica; ha proclamado la libertad y ejercido la tiranía; ha consignado la igualdad y erigido en ley universal el privilegio; ha pedido lealtad y vive en el perjurio; ha abominado de todas las vetustas iniquidades y sólo en ellas se alimenta. Y como no podía menos de acontecer con tal conducta, ha lanzado a la insurrección a todos los partidos ajenos a la distribución del botín; ha desdeñado a los proletarios y atemorizado a los ricos; ha humillado a los racionalistas y ultrajado a la Iglesia; ha dado la razón a los esclavistas y a los negros, y se ha captado la antipatía de liberales y conservadores, de los hombres ilustrados y del vulgo.

Evitemos, no obstante, hacernos eco de las inhumanas acusaciones con que pretende infamar a esos hombres el amargo rencor de tanta ilusión cruelmente defraudada. En general, su conducta ha sido la que debía esperarse de todos los precedentes y de todas las circunstancias individuales y sociales de su obra. La incultura del espíritu patrio, si no era obstáculo a la edificación sistemática de una nueva vida, tampoco la estimulaba a lo menos con su enérgica vigilancia; antes, por el contrario, había de favorecer con su inercia el regreso al antiguo camino: porque una experiencia dolorosa comprueba cada día más el principio incontestable de que sólo la lenta y varonil educación interior de los pueblos puede dar seguro auxilio a la iniciativa de sus individualidades superiores y firme base a la regeneración positiva y real de sus instituciones sociales».

MENENDEZ Y PELAYÓ

«HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES», 1880-1882; «EPILOGO» AL LIBRO V Y «DISCURSO PRELIMINAR», AL VI.

LA TRADICION ESPAÑOLA...

«Nunca se escribió más y mejor en España que en esos dos siglos de oro de la Inquisición. Que esto no lo supieran los constituyentes de Cádiz, ni lo sepan sus hijos y sus nietos, tampoco es de admirar, porque unos y otros han hecho vanagloria de no pensar, ni sentir, ni hablar en castellano. ¿Para qué han de leer nuestros libros? Más cómodo es negar su existencia.

En el volumen siguiente veremos cómo se desmoronó piedra a piedra es-

te hermoso edificio de la España antigua y cómo fue olvidando su religión, y su lengua, y su ciencia y su arte, y cuanto la había hecho sabia, poderosa y temida en el mundo, a la vez que conservaba todo lo malo de la España antigua, y cómo, a fuerza de oírse llamar bárbara, acabó por creerlo. ¡Y entonces sí que fue de veras el ludibrio de las gentes, como pueblo sin tradición y sin acento, esclavo de vanidades personales y torpe remedador de lo que no entendía más que a medias».

... Y LA HETERODOXIA

«Uno de los caracteres que más poderosamente llama la atención en la heterodoxia española de todos los tiempos es su falta de originalidad, y esta pobreza de espíritu propio sube de punto en nuestros contemporáneos y en sus inmediatos predecesores. Si alguna novedad, aunque relativa y sólo por lo que hace a la forma del sistema, lograron Servet y Miguel de Molinos, lo que es en nuestros disidentes del pasado y presente siglo, bien puede afirmarse, sin pecar de injusticia o preocupación, que se han reducido al modestísimo papel de traductores y expositores, en general malos y atrasados, de lo que fuera de aquí estaba en boga. Siendo, pues, la heterodoxia española ruin y tristísima secuela de doctrinas e impulsos extraños, necesario es dar idea de los orígenes de la Impiedad moderna, de la misma manera que expusimos los antecedentes de la Reforma antes de hablar de los protestantes españoles del siglo XVI».

PI Y MARGALL

«LAS LUCHAS DE NUESTROS DÍAS», 2.ª ED., MADRID, 1906. ESCRITO EN 1890.

«Maldicen algo más las antiguas regiones la tutela en que se las tiene. Muchas fueron por siglos naciones independientes y dejaron escritas en la Historia brillantes páginas. Presentan aún hoy especial fisonomía, no sólo por el recuerdo de sus pérdidas instituciones, sino también por las que conservan. Además de su particular idioma y de sus particulares costumbres, tienen todavía leyes particulares que, por la distinta organización de la propiedad y la familia, dan a sus pueblos carácter y condiciones de vida totalmente diversas de las del resto de España. Al comenzar el siglo, Navarra tenía aún Cortes propias, y no hace diez años se regían aún por fueros propios las provincias vascas. Vea usted también si el amor a la región en que usted ha nacido no es más vivo y ardiente que el que pueda usted

sentir por la patria española. El vasco es en toda España vasco; el andaluz, andaluz; el gallego, gallego.

Y no me diga usted que este provincialismo va expirando. Del siglo XVI acá no se dio nunca la importancia que ahora a las lenguas provinciales. Ni vaya usted a creer que esto acontece sólo en España. Más vivo aún que en España se nota ese espíritu provincial o regional en Inglaterra, en Austria, en Rusia, en la antigua Escandinavia. En esa misma Francia, donde tan feroz ha sido el régimen unitario, el reconocimiento de las lenguas y las literaturas provinciales ha precedido al de la Península.

Ahora bien, señor don Rodrigo, nosotros, con ser federales, ¿qué hacemos sino amoldarnos a la realidad de las cosas? Lejos de ser hombres teóricos, somos los más prácticos. Los teóricos son aquí verdaderamente los unitarios, que se empeñan en sostener su absurdo sistema de gobierno contra la naturaleza, la tradición y las aspiraciones de las diferentes sociedades políticas».

GANIVET

«IDEARIUM ESPAÑOL», 1867.

«Si yo fuese consultado como médico espiritual para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos (porque padecimiento hay, y de difícil curación), diría que la enfermedad se designa con el nombre de «no querer», o, en términos más científicos, por la palabra griega «aboulia», que significa eso mismo, «extinción o debilitación grave de la voluntad», y lo sostendría, si necesario fuera, con textos de autoridades y examen de casos clínicos muy detallados, pues desde Esquirol y Maudsley hasta Ribot y Pierre Janet, hay una larga serie de médicos y psicólogos que han estudiado esta enfermedad, en la que acaso se revela más claramente que en ninguna otra el influjo de las perturbaciones mentales sobre las funciones orgánicas».

«En nuestra nación se manifiestan todos los síntomas de la enfermedad que padecemos la mayoría de los españoles: realízanse los actos fisiológicos y los instintivos... Los actos que no encontramos son los de libre determinación, como sería el intervenir conscientemente en la dirección de los negocios públicos. Si en la vida práctica la abulia se hace visible en el no hacer, en la vida intelectual se caracteriza por el no atender. Nuestra nación hace ya tiempo que está como *distraída en medio del mundo*. Nada la interesa, nada la mueve de ordinario; mas de repente una idea se fija, y no pudiendo equilibrarse con otras,

produce la impulsión arrebatada. En estos últimos años hemos tenido varios movimientos de impulsión típica producidos por ideas fijas: integridad de la patria, justicia histórica y otras semejantes. Todas nuestras obras intelectuales se resienten de falta de equilibrio, de este error óptico; no vemos simultáneamente las cosas como son, puestas en sus lugares respectivos, sino que las vemos a retazos, hoy una, mañana otras: la que un día estaba en primer término ocultando las demás, al siguiente queda olvidada porque viene otra y se le pone delante».

RAFAEL ALTAMIRA

«PSICOLOGIA DEL PUEBLO ESPAÑOL», 1898.

«Pero si no puede afirmarse de ligera la característica psicológica fundamental de un individuo o una nación viva (otra cosa es referirse a naciones muertas, como la romana), posible es advertir, dentro de la variedad de sus estados históricos (que muy a menudo llega a oposición), la existencia de cierta unidad psicológica explicativa de las variedades y de su sentido o dirección dominante, y aunque en la misma variación esté la ley fundamental de los espíritus que así se producen. Lo que en todo caso debe evitarse es caer en el error frecuente y gravísimo de afirmar en cada uno de los distintos períodos de la vida, y considerando tan sólo las notas que él ofrece, que éstas son las verdaderamente propias del sujeto, las que pueden darse como típicas suyas. ¿Por qué aquéllas, y no las anteriores o las siguientes? ¿Cuáles son accidentales y cuáles no? ¿Por qué hemos de decir, v. gr., que nuestra intransigencia religiosa del siglo XIV al XX es más *nuestra*, más *española*, que la transigencia del VIII al XIV, y de antes, o que es *más española* el aislamiento intelectual del XVI-XVII que el extranjerismo constante del XII al XVI, y, en fin (para no amontonar ejemplos), nuestra indiferencia actual por la cultura, que nuestro evidente afán de saber desde el siglo XII al XVI? Y, sin embargo, así es como generalmente se deduce la psicología de los pueblos, respecto de la cual, y muy a menudo, la observación exclusiva de la época moderna, y aun de los hechos contemporáneos, produce el error de convertir en datos bastantes para generalizar los que pertenecen a un lapso de tiempo reducido. Cabe alegar, sin duda, que los hechos verdaderamente importantes y que «imprimen carácter», como vulgarmente se dice, son los de la edad viril, cuando el entendimiento está formado, maduro y da en toda sazón su cosecha. Pero esto, que en

el individuo todavía puede discutirse, no se puede aplicar sin reserva a una nación, en cuya existencia la medida del tiempo es muy otra, y cuya sucesión de edades dista mucho de ser tan precisa como la del individuo. ¿Cuándo es joven una nación, cuándo es vieja, cuándo degenerada, cuándo más bien detenida en su desarrollo? Compárense, por lo que a España toca, los juicios formulados por algunos políticos y escritores ingleses, verbigracia, con el del cubano Varona.

Otra cosa es observar las notas **constantes** que, en medio de la variedad enorme de los distintos tiempos vividos hasta hoy, presenta nuestro pueblo. Ese sería terreno sólido. Pero en él no han pensado todavía seriamente los que hablan de psicología nacional.

Por este rápido análisis de opiniones, que se podría alargar mucho, se verá cuán fragmentario e inseguro es todavía el conocimiento de la psicología nacional. ¿Qué consecuencia sería cabe deducir, por ejemplo, después de tanto como se ha discursado sobre el asunto, en lo relativo a nuestra supuesta idolatría del Estado, que nos lleva a esperar todo de los poderes públicos, ahogando las funciones y la iniciativa de la sociedad? ¿Es esto un defecto propiamente español? ¿Señala un grado transitorio en el desarrollo de nuestro organismo colectivo, o se funda tal vez en un concepto especial de las relaciones entre aquellos dos elementos, suponiendo en el Estado, y en sentido socialista, deberes mayores de los que le impone, verbigracia, el espíritu anglosajón?

Ni debemos negar ni afirmar, hoy por hoy, y menos negar, por si se trata de un defecto; porque más vale curarse heroicamente que desconocer la enfermedad. Pero lo que indudablemente nos corresponde es insistir una y otra vez en el estudio, utilizando todos los medios.

MACIAS PICAVEA

«EL PROBLEMA NACIONAL», 1899.

«En este estilo de la moral pasional no hay modelo como España. Ya queda dicho en otra parte cómo todos los males de su vida social y de su historia no nacen de otra fuente: el exceso de un individualismo arbitrario, que parece química eternamente mineral y analítica de cuerpos simples, sin síntesis posible ni progreso hacia la composición y la vida; el disasociamiento disolvente en perpetua fuerza centrífuga, siempre dispuesto a romper, pulverizar y dispersar todo molde o disciplina que agrupe, organice y vivifique las desapoderadas energías para la discordia, que dan a nuestra sociedad e historia constantes perspectivas de campo de Agramante feroz y

ensangrentado; la falta, en cambio, de temple para las oposiciones radicales y justas, merced al cual destemple todavía no hemos hecho una revolución fecunda en nuestra Historia, y hemos producido un millón de motines, sediciones y pronunciamientos estériles; la carencia de actividades serenas, perseverantes, calculadas y hábiles, persiguiendo con paciente labor fines arduos y grandes, la conquista y doma de una naturaleza rebelde como la gente flamenca, la lucha secular por un principio de civilización y de justicia, como la raza anglosajona casi todas nuestras grandezas, en fin, adquiridas por explosión inspirada, muy pocas, por acción larga, regular y medida.

Asusta, al par que maravilla, estudiar nuestra vida colectiva, pública y privada, a través de esa enérgica y persistente psicología de repulsiones y explosiones, de irresistibles estallidos de pasión furiosa e impulsiva, o de inercias inmovibles de la pasión melancólica y deprimente: el hombre que se revuelve feroz y llega hasta el crimen por inocente quebranto de cinco céntimos de su bolsillo, y ese mismo hombre que contempla impasible cómo una fuerza brutal le arrebatada su hacienda; la España que se deja conquistar indiferente desde Calpe al Pirineo en la rápida sucesión de un año por cincuenta mil mal compuestas lanzas africanas, y la España que se atreve a levantarse contra el vencedor de Europa y sus más formidables ejércitos, dejándose matar antes que dejarse dominar, y, lo que es más, triunfando en la increíble demanda a fuerza de ímpetu indomable y terca porfía... No se acaba nunca el vasto bagaje experimental que presta la peregrina biografía de nuestro pueblo para demostrar en todas sus obras el predominio de la actividad impulsiva, pasional, sobre la actividad evolutiva voluntaria.

Esta sustancia y fondo moral trasciende, como no puede menos, al aspecto ético de la misma, y lleva por todas partes el influjo dominante de los móviles sentimentales sobre los racionales motivos; pecado original que engendra muchedumbre deletérea de vicios y anomalías sociales. ¿De dónde si no ese predominio morboso del afecto sobre la justicia en todas las relaciones humanas, esa tendencia a convertir en asunto familiar, privado y regido por la recomendación lo que ser debe interés público, social y regido por el Derecho; el abandono por un lado y la resistencia por otro a aplicar el resorte regulador y enfrenador de la responsabilidad, cual si desconociéramos la virtud redentora de la sanción, que posponemos siempre al laxo procedimiento del indulto o del olvido, gustándonos repetir la frase: "¡Aquí no ha pasado nada!"; nuestra escasa capacidad para la vida pública, donde ha de ser predominante la justicia, y nuestras excelentes

aptitudes para la vida privada, influida principalmente por los estímulos del amor y de la amistad?». ».

JOAQUIN COSTA

«QUIENES DEBEN GOBERNAR DESPUES DE LA CATASTROFE», MADRID, 1900.

«En una cosa estamos de acuerdo los españoles, lo mismo los conservadores, que lo han dicho por boca del señor Silvela; como los liberales, que lo han declarado por labios del señor Maura; así los republicanos, que lo han dicho por el órgano del señor Pi y Margall, del señor Azcárate; como las clases llamadas neutras, que lo han expresado por órgano de la Liga Nacional de Productores. Esta afirmación que hacen a una cuantos se preocupan de la reconstitución y suerte futura de la Patria es que, para que ésta se redima y resurja a la vida de la civilización y de la Historia, **necesita una revolución**, o, lo que es igual, tiene que mudar de piel, romper los moldes viejos que Europa rompió hace ya más de medio siglo; sufrir una transformación honda y radical de todo su modo de ser, político, social y administrativo; acomodar el tipo de su organización a su estado de atraso económico e intelectual y tomarlo nada más como punto de partida con la mira puesta en el ideal, el tipo europeo.

Como ven ustedes, la revolución que España necesita tiene que ser, en parte, **exterior**, obrada por representantes de los poderes sociales; en parte, **interior**, obrada dentro de cada español, de cada familia, de cada localidad, y estimulada, provocada o favorecida por el poder público también. En este sentido hemos hablado y hablamos de una revolución hecha desde arriba, de una revolución hecha desde el poder. Para mí, esa **revolución sustantiva**, esa transformación del espíritu, del cuerpo y de la vida de la nación, tiene que verificarse siempre **desde dentro y desde arriba**, por lo cual importa no confundirla con lo que llamamos revolución de abajo o revolución de la calle, que es, si acaso, un simple medio o instrumento para aquélla y que no tiene nada que ver con ella, que es cosa enteramente distinta, por más que la designemos con el mismo nombre».

MIGUEL DE UNAMUNO

«EL INDIVIDUALISMO ESPAÑOL», 1902.

«Lo que de la pintura de Hume me interesa aquí es lo referente a creerse

cada español un individuo aparte, especial y personalmente escogido por Dios. Esto recuerda aquella pretensión de Pascal de que al morir Jesucristo hubiese derramado una gota de sangre para la redención de él, de Blas Pascal, que viviría en Francia a mediados del siglo XVII. En la historia de los que llamamos genios o grandes hombres, y otros héroes, se encuentran rasgos por el estilo. Cada uno de ellos tiene conciencia de ser un hombre aparte, escogido muy especialmente por Dios para una u otra obra.

En este respecto propendemos los españoles a creernos genios, o tenemos más bien un concepto robustísimo de la Divinidad, no creyéndole a Dios como el Dios frío y encumbrado del deísmo francés del siglo XVIII, el Dios bonachón y haragán de las buenas gentes que nos pinta Béranger, sino más bien como un Dios cuya atención y cuidado se entiende de la última hormiga, tomada individualmente, al más grande y espléndido de los soles.

En realidad pueden llegar a ser vituperables todas las pretensiones de singularidad y de formar uno aparte de los demás, pero se comprende que uno que discurrea, verbigracia, pretenda que se le tenga por el primer orador, o por el primer escritor uno que escribe, o por el mejor cantante uno que canta. Lo que no se comprende es que una persona sin hablar, ni escribir, ni pintar, ni esculpir, ni tocar música, ni negociar asuntos, ni hacer cosa alguna, espere a que por un solo acto de presencia se le dispute por hombre de extraordinario mérito y de sobresaliente talento. Y, sin embargo, se conocen aquí en España —no sé si fuera de ella— no pocos ejemplares de esta curiosísima ocurrencia.

Conozco también quien no halla inconveniente en admitir que otro sea más guapo, más elegante, más fuerte, más sano, más inteligente, más sabio, más generoso, etc., que él, y que le aventaje en todas y cada una de las prendas que se quiera; pero, en resumen, él, Juan López, el individuo en cuestión, es superior a todos los demás por ser Juan López y por no haber otro Juan López lo mismo que él ni ser posible que vuelvan a reunirse las cualidades todas, buenas, malas, mejores y peores, que hacen al Juan López de que se trata. El es único e insustituible, y no le falta razón de esto. Y puede decir con Obermann: "En el Universo no soy nada; para mí lo soy todo".

Este violento individualismo, acompañado de un escasísimo personalismo, de una gran pobreza de personalidad, es lo que explica mucha parte de nuestra historia. Explica la intensísima sed de inmortalidad individual que al español abrasa, sed que se oculta en eso que llaman nuestro culto a la muerte.

Rinden semejante culto a la muerte los más furiosos amadores de la

vida, aquellos en quienes el goce de vivir no puede apagar el hambre de sobrevivir. Me parece un grandísimo error lo de asegurar que el español no ama la vida porque le es dura. Es todo lo contrario; porque le era dura no llegó al *tedium vitae*, al *Weltschmerz* de los hartos, y aspiró siempre a prolongarla indefinidamente más allá de la muerte.

Este fuerte individualismo y de un individuo que se esfuerza por persistir le llevó a fijarse siempre en la dirección práctica volitiva, y de aquí por qué nos admiraba tanto Schopenhauer a los españoles, teniéndonos por una de las castas más llenas de voluntad —o de voluntariedades más bien—, más vividoras. El despegue a la vida no es más que aparente, celando el más estrechísimo apego a ella. Y esa dirección práctica se ve en nuestro pensamiento, inclinado, ya desde Séneca, a lo que se llama el moralismo y poco afecto a la pura contemplación metafísica y especulativa, a ver el mundo como meros espectadores».

AZORÍN

«LA VOLUNTAD», 1902; «LOS PUEBLOS», 1905.

«Azorín bebe otra copa de aguardiente.

«Sí —continúa pensando—, este espíritu jovial y fuerte, placentero y fecundo, se ha perdido... Estos pueblos tétricos y católicos no pueden producir más que hombres que hacen cada hora del día la misma cosa, y mujeres vestidas de negro y que no se lavan. Yo no podría vivir en un pueblo como éste; mi espíritu inquieto se ahogaría en este ambiente de foscura, de uniformidad, de monotonía eterna... ¡Esto es estúpido! La austeridad castellana y católica agobia a esta pobre raza paralítica. Todo es pobre, todo es opaco, todo es medido. Aun los que se llaman demagogos son, en el fondo, unos desdichados reaccionarios. No creen en un dogma religioso, pero conservan la misma moral, la misma estética, la misma economía de la religión que rechazan... Hay que romper la vieja *tabla de valores morales*, como decía Nietzsche».

Y Azorín, de pie, ha gritado: «¡Viva la imagen! ¡Viva el error! ¡Viva lo inmoral!». Los camareros, como es natural, se han quedado estupefactos. Y Azorín ha salido soberbio del café».

«... Y nuestro hidalgo va paseando entre toda esta multitud de amadas y amadores. ¿No habéis visto en cierto lienzo de Velázquez —"La fuente de los tritones"— la manera con que un

galán se inclina ante una dama? Este gesto supremo, rendido y altivo al mismo tiempo, sobrio, sin extremosidad molesta, sin la puntita de afectación francesa, discreto, elegante, ligero; este gesto único, maravilloso, sólo lo ha tenido España; este gesto, esta leve inclinación es toda la vieja y legendaria cortesía española; este gesto es Girón, Infantado, Lerma, Uceda, Alba, Villamediana; este gesto es el que hace nuestro hidalgo ante unas tapadas que pasean ante la fronda; luego habla con ellas, discretea, ríe, sonríe, cuenta sus aventuras».

«Esto era en 1518, en 1519, en 1520, en 1521 o en 1522. En este mismo siglo, una mujer, gran penetradora de almas —Teresa de Jesús— escribía lo siguiente en el libro de *Las Fundaciones*: "Hay unas personas muy honradas que, aunque mueran de hambre, lo quieren más que no que lo sientan de fuera".

«Esta es la grandeza española: la simplicidad, la fortaleza, el sufrimiento largo y silencioso bajo serenas apariencias; esta es una de las raíces de la patria que ya se van secando».

A. MACHADO

«CAMPOS DE CASTILLA», 1912.

POR TIERRAS DE ESPAÑA

El hombre de estos campos que incendia los pinares y su despojo aguarda como botín de guerra

antaño hubo raído los negros encinares, talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares; la tempestad llevarse los limos de la tierra

por los sagrados ríos hacia los anchos mares; y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

Es hijo de una estirpe de rudos caminantes, pastores que conducen sus hordas de merinos

a Extremadura fértil, rebaños trashumantes que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.

Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto, hundidos, recelosos, movibles; y traza

das cual arco de ballesta, en el semblante enjuto

de pómulos salientes, las cejas muy pobladas.

Abunda el hombre malo del campo [y de la aldea, capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,

que bajo el pardo sayo esconde un alma fea, esclava de los siete pecados capitales.

Los ojos siempre turbios de envidia o [de tristeza, guarda su presa y llora la que el vecino [no alcanza;

ni para su infortunio ni goza su riqueza; le hieren y acongojan fortuna y malandanza.

El número de estos campos es sanaguinarlo y fiero; al declinar la tarde, sobre el remoto [alcor,

veréis agigantarse la forma de un arquerio, la forma de un inmenso centauro flechador.

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta —no fue por estos campos el bíblico [jardín—;

son tierras para el águila, un trozo de planeta por donde cruza errante la sombra de [Caín.

ORTEGA Y GASSET

«MEDITACIONES DEL QUIJOTE», 1914.

«Yo sospecho que, merced a causas desconocidas, la morada íntima de los españoles fue tomada tiempo hace por el odio, que permanece allí artillado, moviendo guerra al mundo. Ahora bien, el odio es un afecto que conduce a la aniquilación de los valores. Cuando odiamos algo, ponemos entre ello y nuestra intimidad un fiero resorte de acero que impide la fusión, siquiera transitoria, de la cosa con nuestro espíritu. Sólo existe para nosotros aquel punto de ella donde nuestro resorte de odio se fija; todo lo demás, o nos es desconocido, o lo vamos olvidando, haciéndolo ajeno a nosotros. Cada instante va siendo el objeto menos, va consumiéndose, perdiendo valor. De esta suerte se ha convertido para el español el universo en una cosa rígida, seca, sórdida y desierta. Y cruzan nuestras almas por la vida haciéndole una agría mueca, suspicaces y fugitivas como largos canes hambrientos. Entre las páginas simbólicas de toda una edad española habrá siempre que incluir aquellas tremendas donde Mateo Alemán dibujaba la alegoría del descontento».

LUIS ARAQUISTAIN

«ESPAÑA EN EL CRISOL», MADRID, 1917, 196-197.

«En todo organismo, biológico o social, hay partes muertas o que tienden a morir, y partes vivas que tienden a crecer y dominar. La lucha entre ambas es la ley de existencia del organismo. Cuando pueden las muertas o las agónicas, la muerte es total. Cuando vencen las vivas, al fenómeno se le llama salud o renacimiento. Hay innumerables ejemplos de pueblos cuyas células muertas triunfaron sobre las vivas, y desaparecieron... El problema de España, en última instancia, es éste: o descender como Turquía y Marruecos, si predominan las partes muertas, o resurgir como Italia, si prevalecen las partes vivas. Todos somos españoles, pero hay dos clases de españoles: los partidarios de amparar y acelerar el proceso de decadencia y los partidarios de iniciar y precipitar el proceso de renovación. Y no hay término medio. Los adeptos al proceso de renovación quieren vivificar o, si esto no es posible, eliminar las células muertas de la nación española. Estas células son múltiples y andan esparcidas por todo el cuerpo de España; pero todas pueden clasificarse en dos grupos, sistemas, núcleos o principios de organización; uno es la autocracia reinante; el otro es un régimen de feudocracia o burocracia parasitaria, un Estado paralítico que impide desenvolverse libremente a las actividades locales. El español individual y libre aspira a la democracia, a un sistema de gobierno en que el poder político vaya de abajo arriba, del pueblo a sus representantes, y no al revés. Y este mismo español, en tanto que individuo dedicado a actividades productivas, aspira a que el Estado no sea una rémora a sus esfuerzos, a que sea una escuela y no un freno, y mientras esta transformación se opera, aspira a que el Estado nacional deje moverse libremente a las regiones más libres y trabadas. Democracia y libertad de acción económica, frente a autocracia y burocracia anquilosada: esto es lo que la España que quiere seguir viviendo y engrandecerse opone a la España que quiere seguir muriendo y al cabo perecer».

PIO BAROJA

«NUEVO TABLADO DE ARLEQUIN», 1917.

EL TIPO PSICOLOGICO ESPAÑOL

«Cuando el español marcha al extranjero, casi siempre tiene que sopor-

tar algún desdén, y, lo que es más desagradable, alguna explicación acerca de la psicología española.

Es, ciertamente, molesto oír a un francés o a un inglés culto en cuestiones generales que, sin saber nuestro idioma ni conocer nuestro país, nos describe como un naturalista puede describir un coleóptero, con todas sus particularidades; pero es todavía mucho más desagradable oír a un americanito, que apenas sabe firmar y que lleva las plumas en la maleta, definirnos con lugares comunes cogidos de un libro francés.

Yo, siempre que he hablado con extranjeros, he tratado de convencerles de que la psicología española, que pasa como verdadera e indudable, es un lugar común un tanto problemático.

El español, según la distribución de papeles que han hecho Fouillé y otros escritores, es hidalgo, fanático, puntilloso, imaginativo, etc., etc.; lo ha sido siempre, y lo sigue siendo.

¿Qué hay de cierto en todo esto? Yo creo que muy poca cosa.

Primeramente, no sabemos qué es lo permanente en España, y si desde un punto de vista espiritual hay una o varias Españas, uno o varios tipos de españoles.

Los que creen en la unidad se basan en la antropología, en la literatura y en la Historia; los que creen en la variedad se basan también en la antropología, en la literatura y en la Historia.

La antropología dice muy poco, por ahora: señala en la Península una gran variedad étnica, pero una variedad de tipos tan próximos, que no se puede deducir de ella consecuencia alguna.

Se necesitará mucho tiempo para que la ciencia de las razas (la fantasía de las razas, según algunos) pueda obtener conclusiones, y es posible que cuando las obtenga no aclaren nada en la práctica; tal será con el tiempo la mezcla étnica en todos los pueblos.

La base de los que creen que hay una psicología única en el español, la encuentran en la literatura, y, sobre todo, en la literatura del siglo XVII».

RAMIRO LEDESMA

«¡HAY QUE HACER LA REVOLUCION HISPANICA!». MADRID, 1931, PAGINAS 12-13.

«Nuestro resurgimiento consistirá en saber descubrir nuevas ambiciones. Ya se inicia en España una poderosísima apetencia de imperio, repre-

sentada por el afán de equiparse en un orden hispánico que secciona y supe-re la leve mirada regional. De ahí que cuanto acontezca en relación a Cataluña signifique para nosotros una especie de prueba de nuestra capacidad de imperio. Ni la más mínima concesión puede hoy ser tolerada. Compromete la grandeza de nuestro futuro y nublaría las magníficas posibilidades históricas que hoy existen.

España ha de acostumbrarse desde hoy a ambiciones gigantes. Cuando un gran pueblo se pone en pie, es inicuo conformar su mirada a los muebles caseros que le rodean. Nos cabe a nosotros el honor —y no tenemos por qué ocultarlo— de ser los primeros que de un modo sistemático situamos a España ante la ruta del imperio. Todo está ahí, a disposición nuestra. Los pueblos hispánicos de aquí y de allí se debaten entre dificultades de tipo mediocre, y es deber nuestro facilitar e incrementar su desarrollo».

GIMENEZ CABALLERO

«GENIO DE ESPAÑA», 1934.

«El secreto de la esfinge española es éste: que España tiene planteada una auténtica guerra de independencia. Y lo más grande del caso es que tal secreto coincide con el de Europa: que nuestra guerra de Liberación habría de ser la misma de Europa, de una Europa libertada, ¡nueva Jerusalén!

El genio fundamental de Europa —el católico— lo encarnó España.

Si ha de volver otra vez el equilibrio católico del mundo, ¡pléguese este mundo a quien tan magnamente supo y sabrá servir a ese genio: el genio de España!

Y como estas afirmaciones mías encierran una solemnidad tal que pudieran rayar en lo ridículo; como podrían sus alas tropezar con lo rasero, ¡tomemos altura, con un golpe audaz de timón!, para contemplar la circunvez del panorama, la distribución topográfica de los genios o divinidades que rigen la Historia del Hombre desde que esta historia comenzó a extenderse por la cartografía del mundo, como las nubes por el cielo: en rangos de batallas y tormentas».

RAMIRO DE MAEZTU

«DEFENSA DE LA HISPANIDAD», 1934.

«Los rasgos fundamentales del carácter español son, por lo tanto, los que debe a la lucha contra mo-

ros y judíos y a su contacto secular con ellos. El fatalismo musulmán, el abandono de los moros, apenas interrumpido de cuando en cuando por rápidos y efímeros arranques de poder, ha determinado por reacción la firme convicción que el español abraza de que cualquier hombre puede convertirse y disponer de su destino, según el concepto de Cervantes. El exclusivismo Israelita es, en cambio, lo que ha arraigado en su alma la convicción de que no hay razas privilegiadas, de que una cualquiera puede realizar lo que cualquiera otra. Estos dos principios son grandes y ciertos, y por serlo hemos podido propagarlos por todos los pueblos que han estado bajo nuestro dominio. Pero acaso no sean suficientes para el éxito, porque no han evitado que cayéramos en superstición de valorar exageradamente las cosas extranjeras, en detrimento de las nuestras. Todos los pueblos hispánicos hemos padecido y seguimos padeciendo eso que ahora se llama «complejo de inferioridad», que ha constituido positiva amenaza para nuestra independencia. En vista de lo mucho que admirábamos a Francia, creyó Napoleón que era fácil empresa conquistarnos. Y no me cabe duda de que durante muchos años se ha cometido en Washington el mismo error respecto de los países hispano-americanos que Napoleón acerca de España».

M. GARCIA MORENTE

«IDEA DE LA HISPANIDAD», 1938.

«Todas estas cualidades del caballero van, en resumidas cuentas, a parar a una característica fundamental: la afirmación enérgica de la personalidad individual. El caballero español se siente vivir con fuerza; se sabe a sí mismo existiendo como un poder de acción y de creación. El caballero español es regularmente una personalidad fuerte. No cede, no se doblega, no se somete. Afirma su yo con orgullo, con altivez, con tesón; a veces con testarudez. Pero siempre con nobleza; es decir, sobre la base de una honda convicción y de una honrada estimación de la propia valía. Es un carácter enérgico, violento, tenaz, pero noble y generoso. Y así como cultiva en sí mismo las virtudes de la resistencia y de la dureza, así también las admira en los demás. Acaso sea la única cosa ajena que él admira.

Una ilustración del temple acerado con que está hecha el alma del caballero español encuéntrase en los innumerables ejemplos de predominio vital de los españoles y de lo español. En un conjunto de individuos pertene-

cientes a varias nacionalidades, si uno de ellos es español, raro será que no imponga insensiblemente a los demás sus normas de vida y de conducta, y más raro aún, que se deje imponer esas mismas normas por los demás. A lo sumo, se segregará del grupo y emprenderá su camino solitario, si la divergencia entre él y los restantes componentes del conjunto se hace muy tirante. Así, por ejemplo, el idioma español, cuando entra en contacto con otros idiomas, suele desenvolver un extraño poder de prevalencia —o desaparece en seguida y por completo—. Y se da el caso curioso de que los habitantes franceses de la frontera hispano-francesa entiendan y hablen el español, mientras que los españoles no entienden ni hablan el francés. Hay en lo hispánico —en los hombres, en las costumbres, en todo lo que contenga átomos de espiritualidad— una especie de poderío afirmativo, una capacidad de prevalectimiento, un poder de imperar y sobreponerse, que se refleja en los más menudos rasgos de la vida individual y colectiva».

JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

«DISCURSO EN EL CINE MADRID», 1935.

«La Patria no es el soporte físico de nuestra cuna; por haber sostenido a nuestra cuna no sería la Patria lo bastante para que nosotros la enalteciéramos, porque por mucha que sea nuestra vanidad, hay que reconocer que ha habido patrias que han conocido cunas mejores que la vuestra y la mía. No es esto: la Patria no es nuestro centro espiritual por ser la nuestra, por ser físicamente la nuestra, sino porque hemos tenido la suerte incomparable de nacer en una Patria que se llama precisamente España, que ha cumplido un gran destino en lo universal y puede seguir cumpliéndolo. Por eso nosotros nos sentimos unidos indestructiblemente a España, porque queremos participar en su destino, y no somos nacionalistas, porque ser nacionalistas es una pura sandez; es implantar los resortes espirituales más hondos sobre un motivo físico, sobre una mera circunstancia física; nosotros no somos nacionalistas, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos; somos, ya lo dije en Salamanca otra vez, somos españoles, que es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo».

ANTONIO MACHADO

«JUAN DE MAIRENA, I Y II», 1937.

«El español suele ser un buen hombre, generalmente inclinado a la pie-

dad. Las prácticas crueles —a pesar de nuestra afición a los toros— no tendrán nunca buena opinión en España. En cambio, nos falta respeto, simpatía y, sobre todo, complacencia en el éxito ajeno. Si veis que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco. Cuando el silencio se haya restablecido, veréis indefectiblemente un hombre que se levanta, se lleva dos dedos a la boca, y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero —probablemente él le aplaudió también—: silba al aplauso».

Porque no he dudado nunca de la dignidad del hombre, no es fácil que yo os enseñe a denigrar a vuestro prójimo. Tal es el principio incommovible de nuestra moral. Nadie es más que nadie, como se dice por tierras de Castilla. Esto quiere decir, en primer término, que a nadie le es dado aventajarse a todos sino en circunstancias muy limitadas de lugar y de tiempo, porque a todo hay quien gane, o puede haber quien gane, y en segundo lugar, que por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Fieles a este principio, hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel. Digan lo que digan.

MANUEL AZAÑA

«LA VELADA EN BENICARLO», 1937. O. C. (III), 446-447.

«La nación pensada por usted, de tal manera se aparta de la humanidad palpitante que solemos ver en ella, que a fuerza de querer reconocerla un ser propio desprendido de la duración de otros seres, no la eterniza usted ni la espiritualiza: la convierte en una forma vacía. De ella no podremos sacar nada, sin devolverle cuanto usted ha comenzado por abstraer. Le recuerdo a usted la máxima de la escuela: No hay que multiplicar los entes sin necesidad. Además de innecesario, inventa usted uno inservible. ¿Qué es España? Cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de territorio y veintitantos millones de hombres viviendo en él. Fíjese usted: viviendo, con cuánto de penoso y terrible o de grande y admirable comporta la función de vivir. El hombre de España es la expresión abreviada de la parte de humanidad incluida en el signo. No hay un ser, España, diferente de la suma de los españoles. Cuando hablamos de una desgracia o de una ventura nacionales, nos refe-

rimos a los seres innumerables que la soportan o la disfrutan. Decíamos: el hambre en Rusia, no de Rusia, porque no se morían de hambre una matrona emblemática, ni siquiera la nación misma, sino millones de súbditos del zar Nicolás o del zar Stalin. Francia ha ganado la batalla del Marne. ¿Quién, Francia? Unos cuantos miles de franceses la ganaron para Francia, es decir, para tantos millones de compatriotas. La nación es un fenómeno vital, inseparable de la masa de pobladores. Que el hombre de masa no le haga a usted pensar en una degradación. Lo nacional es, en último extremo, un modo de ser. El cual se conoce, se nombra, se opone a otros modos, cuando a fuerza de tiempo, ciertos rasgos, que reaparecen invariables, prueban su permanencia típica. Todo proviene de la conducta de la masa, que al revelarse puede ser pensada en la categoría de lo nacional. Ella misma es la nación. Labra su propio destino, lo soporta. El famoso espíritu nacional a que usted apela en demanda de normas decisorias no es llama procedente de la combustión de aromas exquisitos; arden también materiales repulsivos. Rechazo igualmente la opinión de usted (aquí nos limitamos a opinar, pero el mundo se divide y gobierna por opiniones), sobre la raíz propia de lo nacional en el ser de cada individuo. Del individuo solo a lo nacional no hay tránsito directo. El individuo solo podrá ser un anacoreta, un salvaje, un primo carnal del gorila. La comunión nacional se establece, no a pesar, sino a través precisamente de otros grupos y situaciones que según usted le embarazan: a través de la familia, la religión, la profesión, el partido, el sindicato..., sí, el sindicato, ¿por qué no? Aunque usted se anticipe a pensar la nación como una forma de la que provisionalmente se abstrae todo contenido, signo de un valor X (el interés nacional), no averiguado todavía, el concepto de nación no cuelga del cuello de cada español como una cápsula vacía, en memoria de una razón desinteresada cuya autoridad sirva para conjurar o resolver los conflictos de interés particulares. No lo digo para mostrar la ineficacia del interés nacional como dirimente de nuestro conflicto, el hecho está a la vista, sino para encontrar el motivo de la ineficacia. El conflicto mismo nace de haberse embotado la facultad de percibir el valor nacional. O de haberse dividido su aprecio irrevocablemente, porque la nación es inseparable de sus componentes. Invocarlo es una petición de principio. Lo cual autoriza la consecuencia extrema de que la nación española, cuando menos pasajeramente, ha dejado de existir».

MENENDEZ PIDAL

«LOS ESPAÑOLES EN LA HISTORIA», 1947.

«Muchas veces se ha puesto en relación el complejo del carácter español con el suelo habitado. Unamuno insiste en ello: el espíritu áspero y seco de nuestro pueblo, sin transiciones, sin términos medios, está en conexión íntima con el paisaje y el terruño de la altiplanicie central, duro de líneas, desnudo de árboles, de horizonte ilimitado, de luz cegadora, clima extremado, sin tibiezas dulces. Pero esa relación no es válida respecto a cualidades que se dan fuera del paisaje de ambas Castillas. La sobriedad física se halla igualmente en la risueña y fértil Andalucía, y, para mí, la sobriedad es la cualidad básica del carácter español, que no depende de un determinismo geográfico castellano, y es tan general que, partiendo de ella, podemos comprender las demás características que ahora nos importa notar».

«Esa inatención a las necesidades materiales, de la cual tratamos, se conforma con la doctrina de Séneca: No es pobre el que tiene poco, sino el que ambiciona más, porque las necesidades naturales son muy reducidas, en tanto que las de la vana ambición son inagotables. El español, duro para soportar privaciones, lleva dentro de sí el **sustine et abstine**, resiste firme y abstente fuerte, norma de la sabiduría que coloca al hombre por cima de toda adversidad; lleva en sí un particular estoicismo instintivo y elemental; es un senequista innato. Por eso el pensamiento filosófico español, en el curso de los siglos, se inspiró siempre en Séneca como un autor propio y predilecto. Mucho le debe, ciertamente, y a la vez también mucho debe Séneca, acendrador de estoicismo, al hecho de haber nacido en familia española.

En virtud de ese senequismo espontáneo, el español, por lo mismo que soporta con fuerte conformidad toda carencia, puede resistir las codicias y la perturbadora sollicitación de los placeres; le rige una fundamental sobriedad de estímulos que le inclina a cierta austeridad ética, manifiesta en el estilo general de la vida: habitual sencillez de costumbres, noble dignidad de porte notada aún en las clases más humildes, firmeza en las virtudes familiares. Los móviles más profundamente naturales conservan intacto su vigor en el pueblo hispano, a modo de una integral reserva humana, frente al continuo peligro del desgaste degenerante que amenazó a otros pueblos más atosigados por los goces y disfrutes de la civilización.

Interesa destacar algunas modalidades de esa sobriedad vital, explicativas de importantes caracteres históricos. Nos fijaremos en especial sobre aquellas más comúnmente notadas, porque sin duda son las más evidentes, y nos atenderemos en especial a los observadores extranjeros, siempre más capacitados para percibir lo peculiar, si bien en todo momento hayamos de tener en cuenta la superficialidad que tantas veces revisten las impresiones del viajero».

LOPEZ IBOR

«EL ESPAÑOL Y SU COMPLEJO DE INFERIORIDAD», 1951.

«El español es, ante todo, un hombre desarrollado, con preferencia, en las dos dimensiones verticales. Ha fracasado entre nosotros, de un modo violento, la concepción roussoniana y todo género de doctrinas que sobre ella asientan. No han podido anclar en nuestras tierras ciertas doctrinas sociales filantrópicas, sino que en seguida han degenerado en bárbara irrupción de sangre y en la más funesta anarquía. En otro plano, pero con la misma raíz, tampoco pudo lograr carta de naturaleza entre auténticos españoles, el krausismo, por ejemplo, que todo lo resolvía en un polígono ordenado de armonías y ni siquiera puede ser bien expresado en esta lengua española, de recias aristas e indomables contornos.

Español: hombre vertical. Hombre de esencias. Posición erecta, dura y difícil ante la vida, raíz de sus heroísmos y madre de sus desgracias. Toda la historia de España es así, angulosa, agreste, como hecha de tirones bruscos de glorias y decadencias. Pero siempre se ha mantenido vertical, como un mástil inasequible a todos los vendavales y a todas las seducciones. Así pudo escribir Séneca, en plena romanidad: "No te dejes vencer nunca por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienen dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del verdadero vivir, y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que, al menos, se pueda decir siempre de ti que eres un hombre".

Esta posición erecta ante la vida, como la definía Séneca, la tiene el hombre sencillo de los campos... A un gran catador de la sensibilidad del hombre sencillo de nuestras tierras le oí contar el siguiente hecho, que en-

cierra una profunda lección de filosofía. Una madre acompaña a su hija, de veinte años, a la consulta del hospital. Como el tratamiento exigía la hospitalización, se le propone a la madre. Esta responde: "Si mi hija está grave, la verdad, yo me la llevo, porque para que se muera en el hospital, prefiero que lo haga en casa". Como el doctor la reprendiese por decir esto delante de su hija, salta ésta, diciendo: "No le haga caso a mi madre, porque, ¡qué más se me da a mí morir en casa que en el hospital!". No importará la muerte como contingencia, ante el hecho esencial de morir. ¡Qué diferencia entre esta actitud y la del chino, que le pregunta al médico europeo cuándo va a morir su mujer, para tener tiempo de prepararle un lujoso ajuar para la muerte! Y con aquella manera angustiosa de morir Goethe, con el sentimiento dramático de quien lo pierde todo y va a sumirse en una zona oscura. "¡Licht, mehr Licht". ¡Luz, más luz! En cambio, la postura esencial del español ante la muerte es sencilla, llana, como la de quien da un paso más en un seguro devenir. Se muere como don Quijote, "sin hacer espectáculo de la muerte, como se mueren los verdaderos santos y los verdaderos héroes, casi como los animales se mueren, acostándose a morir" (Unamuno)."

AMÉRICO CASTRO

«ASPECTOS DEL VIVIR HISPÁNICO», 1949, Y «LA REALIDAD HISTÓRICA DE ESPAÑA», 1954.

«Es posible que un rasgo esencial hispánico consista en no interesarse de veras por el acto humano más que cuando éste se exprese en una actitud personal, sea ella una postura ante Dios, ante los semejantes o ante uno mismo. Lo expresa la lengua, en frases tan hondamente significativas como: "quedar bien", "dejar en buen lugar", "¡vaya un papelito!", "¡qué papelón!", (< port. *papelão*). El honor calderoniano se confundía con la "opinión". Estas y otras muchas expresiones son en realidad intraducibles a otras lenguas, porque entonces quedan tísicas, privadas de su esfera de referencia.

En otros pueblos no deja de haber, naturalmente, indicaciones acerca del valor de la conducta humana, pero de nuevo notaremos que tales temas revisten entre los hispanos importancia muy destacada. La sensibilidad pública ha endiosado siempre al dirigente sin tacha, con "hombría de bien" (otra expresión significativa), que se abstiene de hacer mal, porque lo ético muchas veces consiste en no hacer, y siempre consiste en pensar en el futuro del **deber ser** más bien que

en el **es** actual. El político eficiente y corrompido de costumbres es tolerado a duras penas, y se recuerdan más sus rapiñas que sus aciertos. Esto ha sido notado mil veces, y Azorín forjó, creo, la palabra "moralina". Lo que importa ahora es conectar esa polarización hacia el eticismo con su correlato "la actitud", con el hombre "emblema", que no se "empuerca las manos", sabio en hacer planeos sobre el mundo, y viviendo en una especie de ilusionada transcendencia respecto de sí mismo. De ahí el didactismo, el sermoneo frecuente en la literatura española, desde sus orígenes hasta hoy, y que tan mal suelen entender los extranjeros. Yo escribo este estudio dentro de mi órbita hispana, de la que no me puedo escapar, y quizá por eso entiendo, o por lo menos vivo, lo que rueda por ella.

Saliendo del alto plano de las obras mayores de la literatura, hay anécdotas que tocan en lo vivo, en los medular de lo hispánico. Un pobre andaluz, solicitado para votar, mediante soborno, por un diputado no de su gusto, responde: "En mi hambre mandado yo". Un mendigo, que semanalmente percibía cierta limosna, fue preguntado por su favorecedora si no había estado ya otra vez aquella semana; su respuesta fue así: "Señora, búsquese usted otro pobre". El terreno mucho más alto hay un gran rasgo-gesto de don Julián Sanz del Río, fundador del krausismo español, que rima perfectamente con cuanto venimos diciendo. Después de permanecer varios años en Alemania, absorbiendo krausismo, porque tal doctrina afectaba las zonas más sensibles de lo español, don Julián obtuvo una cátedra de Filosofía en la Universidad de Madrid. Inmediatamente surgieron en él vacilaciones. ¿Era realmente apto para desempeñar tal cátedra? El ya sabio profesor aplazó el iniciar su enseñanza, se retiró varios años a la aldehuela toledana de Illescas, para sumirse en estudio y reflexión. Sólo después de tan severa ascesis comenzó sus memorables cursos, de los cuales brotó el krausismo español, casi el único alimento que durante medio siglo iba a sostener a la inteligencia española. En el krausismo, la filosofía servía para la vida, proyectaba su reflejo sobre la conducta, era casi una forma de piedad laica, que gustaba mucho del ademán y del "emblema". El pensamiento en el krausismo se convertía a veces en la actitud del que siente estar pensando. El saber importó menos que el método, los contenidos valían menos que la disposición vital para adquirirlos.

En don Quijote, la actitud agota, exhausta su ser, que consiste en mostrarse dignamente, pese al vacío de sus acciones —puro gesto espectral—. ¿Pero y su voluntad y su brío para mantenerse en el aire? La actitud digna consiste justamente en dar aspec-

to de firmeza al suelo que se nos hunde; es sentirse fuerte cuando se es débil. En la obra eficaz y racional no cabe dignidad. Quien averigua secretos de la Naturaleza puede realizar una portentosa labor, pero no se dice que haya dignidad en tan suprema tarea. Don Quijote sabe que su afán es inmenso, y a veces siente que la tierra cede bajo sus pies. Pero él no puede, ni sabe, ni quiere, saber conceptualmente de las cosas, ni aspira a modificarlas. "Que inventen ellos", gritará un día Unamuno. Don Quijote es sólo frenesí pareciente y maravilloso, una persona encuadrada en la angustia de quien se siente prendido a una ineluctable actitud: "Yo hasta ahora no sé lo que conquistó a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece...". Si el horizonte incitante se sintiera próximo, entonces el gran caballero brincaría de una a otra escena: su angustia cambiaría de lugar, mas no cesaría de existir. Don Quijote, como los pobres de mis anteriores anécdotas, vive iluminado por un destino que lo trasciende. Heroísmo y actitud son facetas de la misma forma de vida: vivir en expectativa de destino.

Hace muchos años me impresionó hallar en el muro de la casa ayuntamiento de Vergara (Vizcaya) lo que de una mano del siglo XVIII grabó indeleblemente: "Oh qué mucho lo de allá: oh qué poco lo de acá". Hube de comentarlo en algún ensayo periódico, porque ahí se expresa, como principio religioso, lo que es **primum mobile** para el total vivir de los hispanos. Tomando una perspectiva histórica los hallamos, en efecto: primero, en el imperialismo expansivo; segundo, en el mesianismo político; tercero, en el utopismo económico-social; cuarto, en el arrebató místico o iluminado que, en una u otra forma, quiere atraer el más allá divino hasta los fondos del alma; quinto, en el ilusionismo religioso de los erasmistas, que creían poder vivir su "philosophia Christi", que de hecho habría supuesto una profunda revolución en España, "omnia circumstantia relicta" prescindiendo de las circunstancias.

Cuando la promesa incitante asoma por el viso, el español brinca de entusiasmo, "como provincia que no se da a la compostura de razonar", según ya en el siglo XV notaba el sagaz Alonso de Palencia. Los resultados de tal modo de existir, a veces admirables, a veces funestos, integran la historia de España.

«Se llega entonces a la rigurosa conclusión de que el vivir hispano ha consistido, hasta ahora al menos, en un estar dentro de sí, como el soberano, por la gracia de Dios, cree legítimo mantenerse en su trono. Las actividades que el español se ha in-

ventado auténticamente (y no copiado y superpuesto externamente a su vivir), esas actividades han tendido siempre a magnificar su reino interior, a hacerlo presente, a valorarlo y a hallar para él toda posible forma de expresión. Esta manera de vida ha sido punto de arranque para construcciones que otras personas puedan incorporar a la conciencia total de sí mismas: templos para orar, palacios para admirar, obras religiosas para meditar en el futuro eterno de la persona, literatura en que la conciencia personal se magnifica sin salir de sí. La estancia de la persona en sí y la noción de sus dimensiones son materia de creencia, no resultado de ningún análisis discursivo. Las llamadas problemáticas del exterior (el choque con la realidad muda de la Naturaleza, las dudas creadas por el razonamiento) no han hallado respuesta, y no hubo, por tanto, ningún invento de consideración, ni material ni racional.

Con largas interrupciones, en forma fragmentaria, fueron adoptándose siempre las cosas e ideas de fuera; se crearon así situaciones extrañas e irregulares, con una irregularidad tan continua como auténtica, por ser expresión del auténtico "vivir desviándose". Las importaciones no han sido meros pegadizos, como acontece en el caso de los pueblos llamados primitivos. Los españoles abrieron y contrajeron la zona objetiva de su vida en un ritmo dramático: ni son industriales, ni se conforman a vivir sin industria. En ciertos momentos, las salidas al exterior, los intentos de salir de sí mismos, han acarreado sangrientas catástrofes, como resultado de la dialéctica alternancia entre lo auténtico español y las importaciones motivadoras de una situación sin salida. Esa polémica dialéctica es constitutiva de la estructura de la vida española, que he intentado sacar a luz. No hay dos Españas, porque ningún pueblo es dos, sino uno, una unidad no definible por la lógica ni por la psicología al uso. La unidad vital de lo hispánico descansa en la continuidad interior aquí puesta de manifiesto, que es indiferente sea o no vista con unanimidad. Los datos y los documentos completarán y enriquecerán esa pintura, pero no conseguirán borrar su perfil. España ha sido una entidad humana que hace mil años (no antes de la invasión musulmana) aparece con la estructura vital que hoy sigue ofreciendo».

C. SANCHEZ ALBORNOZ

«ESPAÑA, UN ENIGMA HISTÓRICO», 1945.

«Las leyes del honor, enraizadas en el orgullo y proyectadas sobre la dig-

nidad, constituyeron una fuerza poderosísima en el proceso ascensional de España durante el siglo XVI. Su degeneración, retorcimiento, fosilización, una fuerza no menos poderosa en la caída vertical de la patria española.

La honra con sus múltiples proyecciones tantas veces señaladas antes, no constituía un bien social heredable, una pura fuerza estática y pasiva. Cualquiera que fuera su significado: jerarquía social, fama y crédito públicos o gloria terrena, requería un esfuerzo y un servicio. El esfuerzo de una conducta digna y el servicio a la nación que presidía la realeza. El honor individual, como Menéndez Pidal ha escrito, era una parte de la estructura moral de la comunidad, porque el individuo se consideraba como depositario de valores esenciales de la vida colectiva.

¡El orgullo, la dignidad y la honra! ¡Cuántos magníficos y heroicos hechos individuales y cuántas estulticias colectivas se han realizado por los españoles a lo largo de la historia moderna, a impulsos de esas tres fuerzas gloriosas y funestas a la par para la comunidad histórica hispana! Ellas habían contribuido a acuñar durante la Edad Media al hombre entero que fue el español. Ellas crearon después la tensión fatal que el dicho popular concretó en la famosa frase: "Sostenello y no enmendallo". El conde de Ureña, cuando supo que su hijo don Pedro Girón había abrazado el partido de las Comunidades, le escribió una breve esquela en que decía: "Hijo Pedro, pues subsiste a la yegua, tente a las crines". España se ha subido a muchas bravas yeguas en el curso de los cuatro siglos últimos y otras tantas ha debido de tenerse a las crines, como en su incisiva incitación a guardar su honra invitó a hacer al magnate comunero su padre, el viejo señor castellano.

¡Durante cuatro siglos! Sí, porque des la ruptura de la tregua con las Provincias Unidas de Holanda hasta la guerra en que perdimos los últimos Jirones de nuestro imperio colonial, el orgullo, la dignidad y el honor han tenido buena parte en la consumación de los errores que nos han arrastrado de tumbo en tumbo hasta nuestra gran crisis de hoy. La fidelidad de las minorías rectoras de la vida nacional y del pueblo por ellas regido, a estos tres sentimientos enraizados en el más remoto pasado de España, nos ha empujado a cometer las más nobles acciones, pero, a la par, las mayores necedades históricas. Prisioneros de tales sentimientos —maravillosos lumineros de conducta de nuestras vidas individuales de hombres, engañosos imanes para las grandes navegaciones colectivas de las comunidades políticas—, los españoles les hemos sacrificado muchas veces los intereses supremos de la Patria.

Mucho nos costó la locura de intentar mantener la unidad católica de Europa. No menos funesto ha sido para España el culto rendido al orgullo, al honor y a la dignidad tradicionales de la gente hispana. Esa devoción se entrecruzó ya con aquel intento —hubo mucho en él de soberbia y de celo por la honra— y ha seguido cegando y exaltando a la par a los españoles, cuando ya estaba incluso olvidada la loca aventura de los siglos XVI y XVII».

SALVADOR DE MADARIAGA

«SOBRE LA REALIDAD DE LOS CARACTERES NACIONALES», 1969.

«¿Cómo no recordar esta hora al leer que los caracteres nacionales son un mito? Cítense autores, acumúlese estadísticas, adúzcanse datos y experiencias de laboratorio, y los caracteres nacionales seguirán incólumes, no en el mito, sino en la realidad. Pues qué, ¿no tenemos nosotros en España por lo menos cuatro bien delineados? ¿Quién confundirá un andaluz con un gallego o un castellano con un catalán? Y cuenta que me quedo corto. Pero quizá convenga comenzar soltando lastre. El primer error de los ciegos para esta realidad es hablar de "generalizaciones". Para percibir el carácter nacional no se generaliza, se intuye. Llamar "generalización" a la visión intuitiva de un hecho colectivo es típico través anglosajón, debido a la pereza intelectual para lo que no sea estrictamente empírico que distinga a los anglosajones. Síntesis no es generalización. Para el anglosajón —y ya estamos de lleno en el carácter nacional—, que es poco intuitivo y mucho pragmático, que no ve la intuición, todo aserto que no es concreto es general y, por tanto, lo rehúye».

«Es más difícil aún ser catador de caracteres nacionales que serlo de pintores. El carácter nacional varía en el tiempo. Varía porque existe, y existe puesto que varía. Pero varía como la variable de una ecuación. La ecuación sigue igual. Y aun dicta la variación de la variable. Los caracteres de los diversos pueblos europeos han ido variando todos de 1500 acá, pero cada uno en su ecuación, es decir, según la ley más honda de su carácter. Al observador toca desentrañar esta ecuación permanente observando la forma de cada curva».

«En mis dos estudios de psicología colectiva europea he insistido sobre la importancia de las vocales típicas como indicios del carácter nacional. Del mismo latín, el español ha hecho

una lengua dominada por las vocales plenas y redondas, la A y la O; el francés ha ido a dar a una lengua que domina la vocal media, E, y el italiano ha creado una lengua en donde la I, la vocal más aguda, está omnipresente. ¿Cómo negar en este proceso la acción creadora de los caracteres nacionales respectivos? ¿Hay nada más característico de cada ser que su aliento? Un pueblo que alienta en I difiere de un pueblo que alienta en O, como una aguja de un mazo de almirante. En mis ensayos he aducido el evidente desprecio del español por la E, vocal francesa por excelencia. (Tenderete, mequetrefe, sombrero, pequenene..., palabras formadas sobre la E, todas despectivas y ridículas.) Porque al español le disgusta la mesura, que interpreta como mezquindad. Estos datos directos de la observación viva no son controvertibles por meras estadísticas.

J. CARO BAROJA

«EL MITO DEL CARACTER NACIONAL», 1970.

«Hace cosa de veinte años algunos antropólogos norteamericanos, en su afán de revisar viejos conceptos (y acaso también de "nacionalizar" más la ciencia a que se consagran), volvieron al tema del **national character**, aportando a la bibliografía una cantidad considerable de trabajos, entre los que destacaron, por su influencia pública, los de Margaret Mead, escritora de gran predicamento en su país. Estos trabajos se diferencian algo de los antiguos europeos. Pero no parece que han tenido mayor repercusión científica que la que, en su época, tuvieron aquéllos».

«El intento norteamericano, como otros anteriores, parece fallido. Personalmente me alegro mucho de ello, por razones que a continuación se irán viendo y que ya se vislumbran en el título que he dado a este escrito. Considero, en efecto, que todo lo que sea hablar de "carácter nacional" es una actividad mítica, es decir, que el que habla o charla se ajusta a una tradición, más o menos elaborada, sin base que pueda apoyarse en hechos científicamente observados y observables, tradición que tiende a explicar algo de modo popular y que de hecho cambia más de lo que se cree o dice. El mito es favorable o desfavorable, según quien lo elabora o lo utiliza, y puede degenerar en verdadera manía. No es verdad ni mentira. Es reflejo de una posición pasional frente a situaciones consideradas buenas o malas para el que lo utiliza».

«Es decir, que independientemente

de que exista un carácter del pueblo español, o unos rasgos psicológicos y físicos del mismo, hay una voluntad de asignárselos, buenos o malos, según diversas coyunturas y conforme a posiciones diversas: de poder, de victoria, de derrota, de amor o de odio. Por otra parte, lo que se consideran generalmente hechos científicos en ciencias sociales no son, a veces, ni hechos ni científicos, en el sentido que a estas palabras dan los cultivadores de las ciencias experimentales. Se discurre a principios de siglo, especulando sobre el africanismo de los iberos primitivos, sobre la importancia de las creaciones anónimas del pueblo, sobre el papel rector de ciertas partes de la Península, sobre otras nociones que se consideraban incontrovertibles y que hoy nos parecen más que discutibles. Obras memorables se elaboraron sobre bases tales, y claro es que su parte flaca es la que corresponde a los tópicos admitidos, no exentos de un componente político más o menos confesado.

Pero a la literatura de este tipo respondió otra de aire que podríamos definir como fascista. No en balde se habló de la "italianité" antes de que se empezara a hablar de "hispanidad" y aun en cada nación de más moderno origen de cosas como "peruanidad" etcétera, de las que poco he de decir ahora, porque saben y huelen a algo que es viejo sin ser antiguo, quiere ser castizo y no lo es, y nos ha costado a muchos la pérdida de cantidad de sentimientos de solidaridad y confianza. Convertir el patriotismo en monopolio y granjería tiene sus ventajas a la corta: produce a la larga grandes catástrofes. He aquí qué ha ocurrido desde 1921 a 1945... en los países fascistas. Los caracteres nacionales se quisieron fijar como colectivos y hereditarios. Así, a veces, se recurrió a expresiones como las de "mal español", "hijo renegado", traidor a la "herencia de sus padres" para atacar a un enemigo. Este juego dialéctico llegó a lucha enconada, y entonces se definió, precisamente, qué cosa era ser "mal" o "buen" español, y se hizo la guerra civil, utilizando conceptos que no eran demasiado sólidos, manejados a la ligera en horas de pura lucha dialéctica... Y mientras esto pasaba en la Europa, roída por las guerras civiles e ideológicas, los demócratas de Estados Unidos redescubrieron el "national character". ¡Triste descubrimiento! ¡Pobre descubrimiento! ¡Miserable juego dialéctico! Porque, en efecto, se observa con frecuencia que los autores de los juicios que producen mayor irritación en punto al tema no tienen en sí demasiada importancia y que, en cambio, los juicios objetivos o laudatorios no se valoran. Años y años se ha hablado aquí, en España, del oscuro autor dieciochesco Masson de Morvilliers, y años y años se han silenciado juicios de otros au-

tores franceses, hispanistas o francamente hispanófilos, que valían más que éste.

En suma, el del carácter nacional es un mito amenazador y peligroso, como lo fueron muchos de la Antigüedad pagana. Pero acaso no tenga la majestad y profundidad de aquéllos.

Es un mito para hacer hablar mucho y mal a gentes concejiles, y tenía razón Hume al decir que lo lleva a sus conceptos extremos el "vulgo", entendiéndolo hoy por tal a muchas personas que no se creen pertenecientes a él».

LAIN ENTRALGO

«A QUE LLAMAMOS ESPAÑA», 1971.

Contemplemos desde fuera y desde dentro —en el intento de conocer el hombre y los hombres es inexcusable la consideración, sea por introspección o por empatía, de su «dentro»— el pueblo a que desde la Edad Media viene dándose el nombre de «español». Atengámonos tan sólo, para dar suma inmediatez y suma concreción a nuestro análisis, a la realidad histórica y social de ese pueblo durante el siglo XX; por tanto, a lo que ahora —un «ahora» de lustros o decenios— él está siendo. Puesta esa concreta realidad histórica al lado de las más próximas a ella, la francesa, la italiana, la alemana, la inglesa, ¿en qué consiste y de qué depende lo que de peculiar haya en su modo de vivir y de ser? Más allá de la mera posesión de un determinado pasaporte o de la habitual elocución de un determinado idioma, entendido como un modo de vivir más o menos compartido por quienes a sí mismos se llaman españoles, ¿en qué consiste esto de «ser español»?

Azorante pregunta. Desde que el pueblo de España se ha visto obligado a tomar conciencia de sí mismo —germinalmente, tal vez desde Quevedo; explícita y aun explosivamente, desde la segunda mitad del pasado siglo—, una cuestión previa se ha hecho ineludible frente a tal interrogación: si el vivir que con intención unitaria o unificante solemos llamar «español», no será la consecuencia de haberse castellanizado los distintos modos de hacer la vida existentes desde la Edad Media, y para algunos desde antes, en la tan contrastada vastedad de la Península Ibérica. Entendida la expresión «ser español» como la etiqueta de un modo unívoco de ser y de vivir, ¿no equivaldrá, en virtud de muy poderosas razones históricas, a la expresión «estar castellanizado»? Azorante pregunta; tanto más cuanto que la respuesta a ella exige hoy —con más precisión: viene exigiendo desde la segunda mitad del siglo XVIII— una meditación previa acerca del disfraz. Simplemente bos-

quejada o formalmente construida, una teoría antropológica del disfraz, si se tiene afición al empleo de epígrafes altisonantes.

Adrede he elegido los nombres de Unamuno y Baroja, personas sinceras y auténticas donde las haya habido, para mostrar que el «disfraz como autorrealización» puede darse y se da de hecho en cualquier pueblo, en cualquier situación y en cualquier individuo. Pero lo que ahora me importa no es desarrollar de manera sistemática una teoría general del disfraz, sino afirmar tan sólo que el modo de ser y vivir de los españoles no puede ser descrito sin subrayar la frecuencia y la especial intensidad que el tal disfraz como autorrelación ha tenido y tiene entre nosotros. Con otras palabras: que en el habitual modo de ser y vivir del español hay una tónica y fuerte inclinación a actuar socialmente «disfrazado de español». ¿O no es así?

Si nos atenemos al autorizado testimonio de Quevedo, antes lo apunté, la cosa habría comenzado ya en la primera mitad del siglo XVII. En uno de sus poemas —el que lleva por tí-

tulo *Las necesidades y locuras de Orlando el enamorado*— hace aparecer ante el lector un grupo de españoles que están representando a su país, y apostilla su común condición con estos versos:

**Pródigos de la vida, de tal suerte,
que cuentan por afrenta las edades
y el no morir sin aguardar la muerte.**

Nada más claro que el sentido de esta punzante y jactanciosa caricatura. Para el español que se precie de tal, el hecho de envejecer sería desdoro social de su persona («afrenta»); por tanto, debe vivir (fuerte cosa esta de llamar «no morir» a la vida) considerando sin tregua la perspectiva de su propia muerte, más aún, siendo «pródigo de la vida», quemándola o poniéndola en juego a cada instante. Existir así no era, por supuesto, cosa nueva en tiempo de Quevedo; lo nuevo es presentar ese modo de la existencia humana como algo que el español consciente de serlo «debe hacer» para mostrar que real y efectivamente lo es, afirmar por escrito que el buen español, el que deliberadamente ajus-

ta su vida a la pauta de ese entre irónico, patético y arrogante apunte quevedesco, sólo puede serlo adoptando ante los demás el comportamiento arrojado que su alta condición tan apretadamente exige; en definitiva, «disfrazándose de español». Cualesquiera que hayan sido sus orígenes históricos, ¿cómo desconocer que el sentimiento calderoniano del honor conyugal llegó a ser en el siglo XVII —léase con atención *El médico de su honra*, para no citar sino este clarísimo ejemplo— un modo de conducirse en la vida motivado por la apariencia social de la persona; a la postre, un voluntario disfraz de españolía? Ya en pleno siglo XIX, un gran zahorí de la vida española, el poeta Zorrilla, tendrá el gran acierto de mostrar el fuerte coeficiente de disfraz que había en el donjuanismo del más célebre de los donjuanes, un donjuán de nuestro Siglo de Oro; porque el seductor y camorrista Tenorio actúa en último extremo para, engallando su cabeza, poder decir a todos lo que dice a Ciutti, punta de vanguardia del mundo que le contempla y admira: «la de hoy— será tal que me acredite».